



“La guerra... maestra severa”

Tucídides y la enseñanza

Por Francisco José Casas Restrepo

Profesor, Departamento de Filosofía, Universidad de La Sabana.

RESUMEN

Este trabajo pretende mostrar las enseñanzas extraídas del violento fenómeno de la guerra civil por Tucídides, historiador griego de la antigüedad. En el marco de la guerra y con el trasfondo de la “naturaleza humana”, nuestro autor se percata del proceder violento, irreflexivo y vengativo del ser humano; de la perversión operada en el lenguaje y su incidencia en las acciones humanas; de la degradación moral, patente en la maldad, el fanatismo y la corrupción de la actividad política; del triunfo de la astucia y la temeridad sobre la bondad y la fuerza y, finalmente, como conclusión, de la conciencia de la peligrosa y autodestructiva naturaleza del ser racional cuando pierde el dominio de sí y no atiende a las leyes humanas y divinas.

Palabras clave: guerra civil, Tucídides, violencia, enseñanza, naturaleza humana, lenguaje, degradación moral, vicios, pasión política, astucia, temeridad

ABSTRACT

In this article, the writer wants to show the teachings of Thucydides, Greek historian from old times, regarding the violent phenomenon of civil war. With war as a framework and human nature as underlying background, Thucydides notices the violent, thoughtless, and vengeful behavior of human beings; the evil found in the use of the language and its influence on human performance; the moral degradation clearly visible in evil, fanaticism and corrupt political activity; the success of slyness and recklessness over kindness and strength; and, as a concluding idea, the consciousness of the dangerous and self-destructive nature of rational beings when they lose control of themselves and disregard human and divine laws.

Key words: civil war, Thucydides, violence, teaching, human nature, language, moral degradation, vices, political passion, cunning, temerity.

Introducción

Al leer el subtítulo de este breve artículo podemos preguntarnos: ¿cómo puede enseñar la violencia? Se hace, entonces, necesaria una breve aclaración, precedida de una explicación del contexto del autor. Tucídides es de sobra conocido por ser, junto con Heródoto, pilar fundamental en la historia y la historiografía griegas: testigo de excepción de una de las más importantes guerras de la antigua Hélade (Guerra del Peloponeso, entre Atenas y Esparta, entre el 431 y el 404 a. de C.), escribió el relato de la misma "...porque pensaba que iba a ser importante y más memorable que las anteriores" (I, 1, 1)¹.

Tucídides, que era "Hijo de una ilustre familia, educado en la mejor pedagogía de la época, estaba destinado, por su cuna y su inteligencia, a ejercer las más altas magistraturas en la Atenas de su tiempo"². Para desgracia suya, Tucídides, estratega ateniense destacado en Tracia con el fin de obstaculizar la acción enemiga de Esparta, fracasa y es condenado a muerte, pena que le es conmutada por el destierro. Desde esta condición, puede dedicarse a historiar la guerra durante un período que coincide con la cumbre cultural y política de Atenas en todos los campos, como no volvería a tenerla jamás. Pero esta época dorada no

debe llevarnos a idealizar el sistema político vigente en Atenas, la democracia, solo posible gracias al paradójico y tiránico sometimiento de sus súbditos y aliados políticos, que llegó en ocasiones a elevadas cotas de crueldad y grandes matanzas.

En la obra de Tucídides, magistral en muchos y variados aspectos y modelo imperecedero de historia política, el análisis de la conducta humana en tiempos de guerra llega a una gran finura y algunos pasajes son ya verdaderos clásicos en filosofía política y ética. Dentro de estos, quizá los más famosos sean, primero, la "Oración Fúnebre", discurso pronunciado por Pericles al pueblo ateniense en los funerales por los muertos después del primer año de guerra (II, 35-46), y segundo, las consecuencias morales de la guerra civil (III, 82-84). Nos interesa ocuparnos de este último texto y ver cómo Tucídides saca las consecuencias y enseñanzas surgidas, por vía negativa, de la degradación humana, en el contexto de un fenómeno tan terrible y desastroso como la guerra o discordia civil (*stásis*), que se distingue de la guerra sin más (*pólemos*).

Es cierto que la enseñanza y el aprendizaje obtenidos por los seres humanos durante la guerra civil o general no son los deseables en un proceso educativo normal. Pero es justamente por el carácter anómalo de tal situación, con las lecciones acerca de cómo no debe conducirse el ser humano y qué debe observar para no llegar o recaer en ella, que da una enseñanza muy duradera por ser tan dolorosa. Y aquí no está de más anotar aquello que los griegos sabían muy bien, aunque no solo ellos sino todo ser humano sabio y experimentado: que solo aprendemos del

1 Tucídides. *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, Editorial Gredos, S. A., 1990-1992. Biblioteca Clásica Gredos, vols. 149, 151, 164 y 173. Introducción general de Julio Calonge Ruiz. Traducción y notas de Juan José Torres Esbarranch. Las ediciones modernas de Tucídides dividen la obra en ocho libros, citados en números romanos; después se citan los capítulos o párrafos de cada libro en números arábigos y, finalmente, también en números arábigos, las líneas del capítulo.

2 Cfr. Alsina, José. 3. Tucídides. *Una guerra y su historiador. Tucídides y la guerra del Peloponeso*. p. 28, segunda columna. En "La historiografía griega. Estudios, documentación y selección de textos", Colección Suplementos, Monografías Temáticas, No. 20, Barcelona, Editorial Anthropos.

dolor o que, por lo menos, es el mejor maestro, y sus enseñanzas, sorprendidas e involuntarias, si las sabemos asimilar, nos dan una madurez y formación excepcionales. Así, aunque sea una paradoja, tenemos que aceptar por fuerza las lecciones violentas de la guerra. Si hay dudas al respecto, baste con observar lo mucho que nos han brindado los últimos doscientos años de historia de la humanidad, plagados de guerras.

La Guerra Civil

Tucídides empieza el análisis de la guerra civil limitándose al caso particular de Córcira, acaecido en el año 427 a. de C. Advierte que tal guerra pareció una de las más crueles, por ser la primera en el ámbito de la Hélade, pero inmediatamente después, complementa y amplía la idea anterior, "...pues más tarde todo el mundo griego, por así decir, fue presa de la agitación, y por doquier las discordias civiles oponían a los jefes del partido popular, que querían llamar en su auxilio a los atenienses, y a los oligarcas, partidarios de los lacedemonios"³. Tucídides empieza así presentando la primera y más funesta enseñanza y consecuencia de la guerra civil, a saber: la guerra es terriblemente contagiosa, se difunde muy rápidamente y torna a los seres humanos irreflexivos, violentos y temerarios. Esto no hará sino difundir aún más la ola devastadora de la guerra con todas sus calamidades: los seres humanos se envalentonan y sobrepasan los límites que la prudencia aconseja observar cuando se trata de asuntos bélicos; el ánimo de revancha y venganza entre miembros de uno y otro bando los convierte en fieras san-

guinarias dispuestas a arriesgarlo todo en beneficio propio.

Para Tucídides —quien analiza muy de cerca el concepto en el terreno bélico y lo tiene en cuenta como trasfondo general de la acción— la "naturaleza humana"⁴ es considerada una realidad muy digna de ser tenida en cuenta y meditada, pero no en el sentido abstracto y racionalista de esencia intemporal e inmutable —algo así como una particular concepción metafísica de la substancia— sino como una "constante histórica" acerca de la previsibilidad del comportamiento humano, la plausibilidad acerca del actuar de los individuos, solos o en comunidad, en toda época y lugar. Y este concepto, muy en conexión con un sentido político realista de los asuntos humanos⁵ que, por incompreensión, ha sido vilipendiado y tildado retóricamente de "sofístico"⁶. Tal visión de la "naturaleza humana" no debe ser entendida en Tucídides como una teoría cíclica de los actos humanos, como profetismo acerca de asuntos que, acontecidos en el pasado, habrán de repetirse de idéntica manera en el futuro⁷.

3 Tucídides. Op. cit. (III, 82, 1).

4 Tucídides. Op. cit. (I, 22,4; I, 76, 2; III, 81, 2-85 inclusive). Vid. Boucher, David. *Political Theories of International Relations. From Thucydides to the Present*. New York, Oxford University Press Inc., 1998. pp. 74 y ss., y Crane, Gregory. *Thucydides and the Ancient Simplicity. The Limits of Political Realism*, Berkeley and Los Angeles, California, University of California Press, 1998, pp. 295 y ss.

5 Vid. Tucídides. Op. cit. (I, 23, 5-6). Para una breve e instructiva historia de la caracterización moderna de las teorías políticas de las relaciones internacionales, y del llamado "realismo empírico", vid. Boucher, David. Op. cit. pp. 13-23 y pp. 28 y ss., respectivamente. Para el concepto de "realismo político" en Tucídides, vid. Crane, Gregory. Op. cit. 61-71.

6 Vid. Macintyre, Alasdair. *Justicia y Racionalidad. Conceptos y Contextos*, Barcelona, Ediciones Internacionales Universitarias, EUNSA, S. A., 1994. Colección Ética y Sociedad, 8, pp. 83 y ss.

7 Cfr. Momigliano, Arnaldo. *La historiografía griega*, Barcelona, Editorial Crítica, S. A., 1984, pp.78 y 79, y Momigliano, Arnaldo. 6. Historia y Biografía, p.174. En Finley, Moses I. ed. *El Legado de Grecia. Una nueva valoración*, 2da edición, Barcelona, Editorial Crítica, S. A., Grupo Editorial Grijalbo, mayo de 1989, Serie general. Estudios y ensayos, 117.

Las calamidades que sobrevienen a los seres humanos por obra de la guerra presentan diferente intensidad, dependiendo de las circunstancias particulares del proceso bélico. Y, así como “En tiempos de paz y prosperidad tanto las ciudades como los particulares tienen una mejor disposición de ánimo...”,⁸ debida a la existencia no extrema, asimismo “...la guerra, que arrebató el bienestar de la vida cotidiana, es una maestra severa y modela las inclinaciones de la mayoría de acuerdo con las circunstancias imperantes”. Estas circunstancias se presentan generalmente en una atmósfera de violencia que contagia y presiona a los individuos, obligándolos a sacar de sí sus peores pasiones, con un grado de “refinamiento” e ingenio asombroso para obrar el mal.

La perversión del lenguaje

El elaborado análisis de Tucídides acerca de la falsificación del lenguaje y su reflejo en la conducta humana demuestra una delicadeza y conocimiento de las pasiones surgidas en tiempos de guerra, como muy pocos escritores lo han sabido mostrar. Valga la pena anotar aquí que las injustas y numerosas acusaciones dirigidas contra Tucídides, como “oportunista” político y ético se desvanecen a la luz de estos textos, que ilustran de manera maravillosa una concepción ética del actuar humano muy alejada del relativismo atribuido a nuestro autor. Que Tucídides haya sido realista en materia política no implica en modo alguno que se le pueda acusar de oportunista o relativista. Además, el hecho global de reflejar en su obra el clima intelectual de la Atenas de los sofistas, y el

caso particular de haberse educado en el círculo del sofista Protágoras y ser, probablemente, discípulo de Antifón¹⁰ no demuestran nada en su contra¹¹.

Tucídides observa que los corcirenses “Cambiaron incluso el significado normal de las palabras en relación con los hechos, para adecuarlas a su interpretación de los mismos”¹². Si miramos atentamente, no podemos deducir de tan lúcidas palabras que exista para Tucídides una correspondencia ontológica, real, entre lenguaje y moralidad. Incurriríamos en un realismo ingenuo extremo si pretendiésemos encontrar correspondencias reales directas entre las palabras y los hechos morales derivados de unas acciones, entre palabras y hechos considerados “cosas”.

Se hace inevitable aquí una aclaración para despejar confusiones y malentendidos: Tucídides, como buen conocedor del movimiento sofista y criado en tal atmósfera, entendía muy bien que la relación entre la palabra y la moralidad es relativa, no absoluta, sujeta de antemano a unos determinados usos morales consagrados por la comunidad, los cuales varían dependiendo de las circunstancias y, por supuesto, cuando cambian las estructuras mismas de la sociedad, proceso que reclama el concurso del tiempo.

Todo lo anterior no supone, en ningún momento, para sorpresa de muchos, que se esté relativizando la moral o que esta sea

8 Tucídides. Op. cit. (III, 82, 2).

9 *Ibid.*

11 Para una corrección de la errónea perspectiva acerca de los sofistas y su rehabilitación dentro del saber de la antigüedad, vid. Romilly, Jacqueline de. *Los grandes sofistas en la Atenas de Pericles*, primera edición, Barcelona, Editorial Seix Barral, S. A., abril de 1997, pp. 7-14 y 17 y ss.

12 Tucídides. Op. cit. (III, 82, 4).

relativa –en sentido fuerte– o fruto del capricho o el azar. Y es que la moral solo cobra sentido en relación con el lenguaje, y este no se comprende como fenómeno si no es en comunidad. En otras palabras: hechos morales aislados e intemporales que hablen desde sí y por sí mismos, ajenos al tiempo, no existen. Lo son cuando, justamente, se sitúan en un contexto y son considerados y evaluados por los seres humanos que los llevan a cabo. Cuando son examinados en relación con su conveniencia, bondad, pertinencia, etc. Esto es posible gracias al lenguaje –entiéndase lenguaje humano simbólico, con sentido–, que sirve de vehículo aglutinante y es el elemento fundamental que permite discernir, valorar y prescribir en el orden de la acción, entre otros. Incluso, Aristóteles, que seguramente diferiría de Tucídides en cuestiones políticas concretas, dirá: "...el hombre es el único animal que tiene palabra (*lógos*)... La palabra es para manifestar lo conveniente y lo dañoso, lo justo y lo injusto, y es exclusivo del hombre, frente a los demás animales, el tener, él sólo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, etc., y la comunidad de estas cosas es lo que constituye la casa y la ciudad"¹³.

Tucídides, al igual que los sofistas, conocía y entendía muy claramente las ideas que posteriormente expresó Aristóteles, ideas que ilustran cómo la corrupción del lenguaje no es cuestión de no "correspondencia ontológica" entre este y los hechos morales a los que se refiere, sino cuestión moral, en la cual bruscamente se altera el uso valorativo tradicional de los términos referidos a hechos

morales dentro de un contexto determinado de grupo; y cambia, por lo tanto, la óptica con respecto a cuestiones prácticas que, en tiempos de paz o de pugna no muy violenta, se verían más o menos o similares. Esta es la segunda enseñanza que extrae Tucídides de la guerra: la perversión del lenguaje, que es ya una postura moral, incide directamente en las acciones trastrocando su sentido en un contexto en el cual no debería darse tal cambio. Este opera una distorsión en la cual las virtudes aparecen como vicios, y viceversa. Se llega así a una degradación moral inmensa.

Es interesante observar cómo nuestro autor, al descender al terreno concreto de los hechos, enumera virtudes que parecen vicios para los corcirenses y vicios que son alabados por ellos como si fuesen virtudes. Así, se presenta un análisis –similar al efectuado posteriormente por Aristóteles– en el cual se muestran virtudes que serán confundidas de manera intencional y conveniente por los corcirenses, con sus defectos o excesos.

La degradación moral.

Vicios y excesos

Tucídides enumera en un primer grupo de conductas cuatro virtudes (prudencia, moderación, inteligencia y cautela); que serán reputadas como vicios por los corcirenses, y dos vicios (audacia irreflexiva y precipitación alocada) que ellos considerarán como virtudes.

En un segundo grupo de conductas, Tucídides analiza el proceder mutuo de las dos facciones políticas. Así, muestra cómo los lazos de partido llegan a ser más fuertes que los de sangre. Si se aceptan propuestas del adversario, es por simple conveniencia o para dilatar el tiempo

13 Aristóteles. *La Política* (libro I, cap. 2, 1253a 9-18). Edición bilingüe y traducción de Julián Marías y María Araújo. Introducción y notas de Julián Marías. 2a edición, 2a reimpresión, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1989. Colección Clásicos Políticos.

con objeto de urdir una conspiración o planear la ruptura de un pacto de fidelidad y tomar al enemigo por sorpresa, vengándose de él recurriendo al engaño.

En tal ambiente de corrupción moral sucede algo semejante a un proceso de “alucinación colectiva”, en el cual los individuos creen ver lo que no existe y no ven lo que es patente. Inmediatamente se opera una inversión de la conducta. Dice Tucídides al respecto: “Y es que la mayor parte de los hombres aceptan más fácilmente el calificativo de listos cuando son unos canallas que el de cándidos cuando son hombres de bien; de esto se avergüenzan mientras que de aquello se enorgullecen”¹⁴. Esta es la tercera enseñanza que nos da la guerra, según Tucídides: que los hombres se enorgullecen de su maldad y se avergüenzan de su ingenuidad.

Pero quizá la enseñanza fundamental que deja el proceso bélico —la cuarta— sea aquella que ocasiona y motiva ese execrable y escandaloso cúmulo de vicios. Nuestro autor la expone así: “La causa de todos estos males era el deseo de poder inspirado por la codicia y la ambición; y de estas dos pasiones, cuando estallaban las rivalidades de partido, surgía el fanatismo”¹⁵. Tucídides entiende que este último es la pasión política, cáncer mortal de cualquier comunidad humana que suplanta el interés común por el mezquino —cuando no malvado— interés particular.

Pero, lejos de ser el anterior un proceso de corrupción exclusivo de la ciudad de Cócira, se generaliza a las demás ciudades participantes en la Guerra del Peloponeso. Y es aquí donde la finura del analista se muestra en

grado máximo, cuando se exponen las argucias y engaños de los políticos con las masas, cómo las manejan a su antojo y conocen los resortes secretos para aparentar querer ciertos objetivos, cuando en realidad se persiguen otros muy contrarios. Cunde, entonces, la inmoralidad; el caos y el desconcierto de los ciudadanos son máximos, y estos quedan a merced de sus verdugos. Las facciones políticas se convierten en hermandades malignas que aglutinan hombres feroces, dispuestos a todo por defender la “razón de grupo” y “De esta forma, ni unos ni otros se regían por moralidad alguna, sino que aquellos que, gracias a la seducción de sus palabras, conseguían llevar a término alguna empresa odiosa, veían acrecentado su renombre. Y los ciudadanos que estaban en una posición intermedia eran víctimas de los dos partidos, bien porque no colaboraban en la lucha, bien por envidia de su supervivencia”¹⁶.

La quinta enseñanza, entonces, está en advertir, no la maldad intrínseca de la política sino su perversión. Es justamente esta, la política, la “ciencia arquitectónica”, la más importante actividad de una comunidad humana organizada, porque posibilita y da la vida en común, las normas y pautas para llevar una “vida buena”. Así, lo que Tucídides censura es el papel del político “de ocasión”, del funcionario experto en enredar y corromper las relaciones entre los hombres. En una palabra, del demagogo. A este debemos conocerlo y saber el infinito número de artimañas y ardidés que maneja, no para darle de su propia medicina sino para precavernos, para evitar que se corrompan las relaciones entre los seres humanos y termine por reinar el caos que tanto beneficia a los oportunistas.

14 Tucídides . Op. cit. (III, 82, 7).

15 *Ibid.* (III, 82, 8).

16 *Ibid.*

La perspectiva de la devastación nos muestra un panorama desolador en el cual desaparece "...la ingenuidad, con la que tanto tiene que ver la nobleza de espíritu..."¹⁷. Se generaliza la violencia y se pierden los ánimos de reconciliación, la esperanza de estabilidad y la confianza. Así, los mediocres terminan por triunfar, pues, siendo conscientes de su inferioridad en muchos sentidos, se lanzan de manera temeraria a la acción, mientras que los más fuertes y poderosos, confiados en sus capacidades, quedan indefensos y son destruidos por los primeros. De esta situación extrae Tucídides la sexta enseñanza: en tiempos de guerra triunfa el astuto y el temerario, no el mejor o el más fuerte.

Se llega al punto final cuando se generaliza el pillaje mutuo de los bienes entre los adversarios, y la codicia y la cólera se hacen incontratables. Nuestro autor termina mostrándonos un panorama horrendo en el cual "...la naturaleza humana, habituada ya a cometer injusticias a despecho de la legalidad, se impuso entonces sobre las leyes y encontró placer en demostrar que no era señora de su propia cólera, pero que era más fuerte que la justicia y enemiga de toda superioridad". Este pasaje, que expone de manera bella y terrible cómo se conduce la naturaleza humana en tiempos de lucha, nos da la séptima y última enseñanza sobre la guerra, a saber: la naturaleza del ser racional es la más peligrosa cuando pierde el dominio de sí misma, y no valen leyes –humanas o divinas– para hacerla entrar en razón. Esto la lleva a la autodestrucción.

A modo de conclusión

La enseñanza imperecedera que nos deja Tucídides con este pasaje de su obra bastaría

para hacerla inmortal, tanto por el conocimiento y penetración de la naturaleza humana como por la elegancia y belleza del estilo expositivo. Pero es que La historia de la Guerra del Peloponeso es más, mucho más.

Sin pretensiones de vaticinar hechos humanos futuros, pero consciente de la grandeza de su obra y su conocimiento del ser humano, Tucídides se atrevió a decir: "...mi obra ha sido compuesta como una adquisición para siempre, más que como una pieza de concurso para escuchar un momento". A la vista de los sucesos acontecidos en la historia de la humanidad desde entonces, su afirmación resulta sorprendentemente cierta. Más allá de la razonable caducidad de muchas de sus teorías, concepciones y pareceres, Tucídides nos sigue hablando, nos interpela acerca de la naturaleza humana y su manera de conducirse en tiempos de guerra, los resortes del poder, la obra de los políticos y su influencia sobre las masas, el conocimiento de las mismas y sus pasiones, la concepción del quehacer y el método histórico, la fidelidad a lo descrito y lo dicho, etc. Todo esto ha llevado a que su obra y su proceder se hayan asumido en muchas épocas y hasta el día de hoy como uno de los modelos que deben ser imitados y estudiados en distintos campos: ciencia política, teoría de la guerra, tratado sobre el poder, estudio y examen de la democracia, tratado de la paz, relaciones internacionales, filosofía de la historia, historiografía, etc.

Desde el fondo oscuro de los tiempos nos queda la obra de uno de los hombres que más nos han enseñado sobre nuestro enigmático modo de ser y de conducirnos como animales racionales. ■

¹⁷ *Ibid.* (III, 83, 1).